



Los católicos de Lima y la invasión de Roma

LIMA, la católica Lima, unirá también su voz al concierto universal del Catolicismo para aclamar los inmortales derechos del Pontificado, vilmente conculcados por la revolución italiana.

El 14 de mayo, se va á escribir con letras de oro una página gloriosa de la historia de la Iglesia de Lima.

No seremos indiferentes, nó, á los ultrajes que la Revolución infiere al Supremo Pastor de nuestras almas.

El Papa, el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, es, hoy, víctima de la perfidia de un gobierno, que, llamándose católico, hiere sus derechos y menosprecia su autoridad.

Debemos, pues, congregarnos en el templo, poner en el polvo nuestra frente, en presencia de la Majestad adorable de nuestro Dios, y pedirle, con fervorosa humildad, que ilumine al desgraciado Príncipe, que, olvidando las tradiciones de sus mayores y las inmarcesibles glorias de la casa de Saboya, ha herido el seno maternal de la Iglesia, ha inundado de amargura el corazón de su Padre y ha cubierto de luto á la cristiandad entera.

Oremos, también, por todos los enemigos de la Iglesia, á fin de que abran sus ojos á la luz de la verdad y sus almas á las influencias de la gracia.

Mas, no solo debemos orar.

Viva está la gran iniquidad de nuestro siglo: es preciso protestar contra ella con energía y con firmeza.

Así lo haremos; porque la revolución nos ha herido en lo más vivo del alma, arrancando al Papa su corona de Rey.

La protesta está redactada.

Apenas ha comenzado á circular y ya la cubren numerosas firmas de lo más respetable de nuestra capital.

Si nos propusiéramos elogiar este notable documento, empañaríamos su distinguido mérito.

Lo honramos más y mejor, publicándolo sin comentario alguno.

Helo aquí, con los nombres de las personas que lo han suscrito hasta hoy:

**Protesta de los católicos de Lima, contra la
invasión de Roma.**

A NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL SEÑOR PÍO IX, PONTÍFICE MÁXIMO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Beatísimo Padre:

Los católicos de Lima, unidos á todos los verdaderos católicos de la República del Perú, cumplimos hoy el deber sagrado de manifestar á Vuestra Santidad el profundo pesar que nos aflige, al contemplar la alevosa invasión y la sacrílega usurpación de vuestros Estados y, muy particularmente, de la ciudad de Roma. Se aumenta nuestro dolor, viendo á vuestra augusta persona sometida al más pérfido cautiverio perpetrado por un gobierno, que se dice católico, y que lavan-

dose las manos como Pilatos, os ha entregado, como en otro tiempo lo fue el Divino Maestro, y los insultos y escarnios de una plebe desenfrenada, recogida, en su mayor parte, de la hez del pueblo italiano, alentada con la impunidad de sus crímenes y asalariada para abreviaros de indignos ultrajes.

Desde que la deslealtad del gobierno Piamontés, sin previa declaración de guerra, sin reclamo alguno de queja y, bajo un pretexto tan ridículo como ofensivo, invadió vuestros Estados á mano armada y bombardeó la Ciudad Eterna, resuelto á tomarla por asalto, los horrorosos detalles de vuestro prolongado martirio han llegado, día por día, hasta estas remotas regiones y han conmovido hondamente nuestras almas. Cuando vemos á Vuestra Santidad, víctima del más hipócrita y pérfido de los gobiernos, despojado de vuestra soberanía temporal, aclamado, sin embargo, por ese mismo gobierno, Rey de burla, é impedido de gozar la libertad, que no se rehusa al ciudadano y quizá ni al esclavo, el rubor cubre nuestras frentes, el corazón se estrecha de angustia, y la indignación circula rápidamente por nuestras venas.

Sabemos muy bien, Beatísimo Padre, que los bienes temporales no son absolutamente necesarios para la perpetua subsistencia de la Santa Iglesia de Jesucristo; sabemos que ella nació, vive y permanecerá hasta el fin del mundo, por la virtud omnipotente de su Divino Fundador; que la cátedra de Pedro, piedra y fundamento de la Iglesia, existirá hasta la consumación de los siglos; que los Romanos Pontífices, sus sucesores, en cuyo número estáis Vos para honra de la Iglesia, bien de la humanidad y gloria del nombre cristiano, ejercerán siempre el gran poder, que tan ampliamente les confiara el Cristo Hijo de Dios vivo; que no hay poder humano que alcance é iguale á ese poder, que no hay ejércitos, decretos, ni armas que basten á

impedirlo, desnaturalizarlo ó destruirlo y que, mal que pese á gobiernos que no conocen sus verdaderos intereses lo que atareis quedará atado y lo que desatareis quedará desatado. Sabemos que sois nuestro Padre en Jesucristo, nuestro Maestro infalible en la fe y en la moral, nuestro guía cierto en el camino que conduce á la vida eterna, nuestra brújula en el mar tempestuoso de este mundo; y nuestra regla en todo lo que concierne á nuestras conciencias y al gobierno de la Iglesia. Sabemos que nuestro deber, en calidad de hijos vuestros, es respetaros, obedeceros, amaros y bendeciros, cualesquiera que sean vuestra situación y el lugar de la tierra que habiteis, que para nosotros sois el mismo en las cárceles mamertinas, ó bajo las pesadas cadenas de un tirano, que sentado en el trono esplendoroso de nuestros predecesores, que os debemos el mismo amor y obediencia, cuando estais refugiado en las cátaumbas, que cuando, lleno de majestad, bendecís á la ciudad y al mundo entero; cuando doblais el santo cuello, entregándolo á la cuchilla del verdugo, que cuando os presentais con la frente ceñida de una corona de gloria; él mismo. cuando la ambición, el odio y la inpiedad os exhiben ante un pueblo descreído como un rey de burla, gritando: *Ecce Homo*, que cuando los soberanos de Europa tenían á honra ser los escuderos del Vicario de Jesucristo, colocándose al lado de su estribo y besando la orla de sus vestiduras.

Pero estamos igualmente ciertos de que la soberanía temporal, ejercida doce siglos por los Pontífices Romanos, se funda en la conciencia universal, en la justicia natural, en el derecho público de la Europa, reconocido por todo el mundo civilizado; y que ese hecho portentoso es la realización de un designio de la Providencia en favor de su obra predilecta, la Santa Iglesia, en bien del género humano, y en garantía necesaria de nuestra libertad espiritual y de la de nuestras concien-

cias; de tal manera que, vuestro título para poseer el sagrado patrimonio de los Estados Pontificios es un título superior á todas las razones de Estado y á todas las conveniencias de la política del mundo.

Ese derecho sagrado, en vez de menoscabarse, adquiere más fuerza, cuando vemos que un gobierno, sin más títulos que su ambición, su osadía y la fuerza brutal de que dispone, empujado por elementos anárquicos, dirigido por sectarios, enemigos de todo bien y de toda moral, y bajo la influencia de funestos errores antisociales, consume su crimen, hollando tratados y convenciones solemnes, en particular la de setiembre de 1864; que para perpetrarlo aguarda á que una grande y noble nación se halle envuelta en una lucha desoladora y gigantesca, á que sus mejores huestes sucumban en una memorable batalla y á que la Europa, asustada ó indecisa, contemple hechos que, jamás hubieran entrado en sus previsiones ni en sus cálculos.

En vano, para consumir estos atentados inspirados por el odio al Catolicismo, se invoque la unidad italiana. Una fracción de veinte millones de italianos, sin más títulos que su arbitrario antojo, no puede tener más derechos que doscientos millones de católicos, quienes piden se conserve su capital; que la han defendido de la invasión de los bárbaros; que, con sus ofrendas, la han levantado de sus ruinas y la han embellecido, por mano de sus Pontífices, con soberbios monumentos, y que, merced á estos esfuerzos unidos de los Papas y de sus hijos los católicos, Roma no es hoy lo que son Nínive y Babilonia.

No: Roma está en Italia, pero no es ni puede ser de la Italia; es del Catolicismo; y sus monumentos artísticos y su grandeza de doce siglos son el dinero y los esfuerzos de los católicos y del Jefe del Catolicismo. No, mil veces nó: nuestros padres jamás habrían hecho cuantiosos donativos y sacrificios ingentes, en obsequio

de un rey ó de una dinastía italiana. Los hicieron con la intención de engrandecer la ciudad de los Papas y con el fin de conservarlos para sus Pontífices y para el Catolicismo entero, en ese centro común. Y el deslumbrado príncipe, que hoy se apodera del fruto de la piedad de nuestros padres, y pretende despojarnos de nuestros derechos, merece ser juzgados con los calificativos más severos.

¡Unidad italiana! y las islas de Malta y Córcega, que están en las aguas de Italia que en todos tiempos han sido consideradas como parte integrante del territorio italiano, con tanto derecho como la Sicilia, y con más derecho que la Cerdeña, continúan en poder de las respectivas naciones que las poseen, y el gobierno subalpino se guarda muy bien de pretender completar con ellas su violenta unidad; sabe que son fuertes y cuentan con poderosos medios materiales para hacer respetar su posesión y esto basta para que no se las inquiete. Así es como la insolencia del gobierno saboyardo se ostenta sólo con el que, fuerte en legitimidad y en justicia es débil en cañones y en fuerza numérica. Esta consideración nos hace temer que desaparezcan de la tierra las reglas de justicia, y nos hace vislumbrar muy de cerca la barbarie, con todos sus horrores, con toda su corrupción y sus sangrientas escenas.

Por eso nosotros, Santísimo Padre, apesar de la distancia que nos separa, en uso de nuestro derecho y cumpliendo con nuestro deber, hacemos esta solemne protesta contra la expresada invasión de los Estados Pontificios y contra su sacrílega usurpación, en particular de la ciudad de Roma, y estamos dispuestos á reiterarla, cuantas veces fuere necesario.

Protestamos, asimismo, contra todas las usurpaciones consumadas, en años anteriores y por partes, de los mismos Estados; contra todas las violencias y vejaciones cometidas en Vuestra Augusta persona, contra

todas las leyes, pragmáticas y provisiones dictadas ó practicadas en perjuicio de vuestros derechos; protestamos muy particularmente contra el falso y mentido plebiscito del 2 de octubre del año próximo pasado, combinado, tramado y pagado por el gobierno italiano, y llevado á cabo por un puñado de aventureros, sin pan y sin hogar, con votos fraguados y aumentados en las urnas por esbirros que tomando el nombre de pueblo romano, han falseado su voluntad, para adormecer los pueblos incautos, para eludir la enormidad del crimen y para engañar, si fuera posible, á las potencias europeas, que cuentan en sus dominios millones de súbditos católicos, quienes reclaman la libertad é integridad de sus conciencias en la independencia de vuestros Estados y la plena libertad de Vuestra Soberanía.

No contentos con esta protesta, Beatísimo Padre, sabiendo lo que vale la oración y confiados en las misericordias del Dios de todo consuelo, nos postramos humillados ante el trono del que es Rey de reyes y Señor de señores, que dispone, según le place, de pueblos y de naciones, y que hoy os prueba, y con vos á todos nosotros, pidiéndole haga cesar la tempestad, os prolongue la vida, os conceda el triunfo de su Iglesia y á nosotros todos el que, á una voz, entonemos de los cuatro ángulos de la tierra el himno de alabanza en agradecimiento á sus beneficios y á la restauración de Vuestro augusto trono.

Dignaos, Beatísimo Padre, acoger los votos de Vuestros hijos que viven en estas apartadas regiones, y para estimularnos al bien y confortar nuestras almas afligidas, otorgadnos vuestra bendición apostólica para nosotros, para nuestras familias, para nuestra República y su gobierno.

Lima, mayo de 1871.

Besan los pies de Vuestra Santidad vuestros afectísimos y humildes hijos.

Nicolás de Piérola; Jorge Loayza; Manuel Santa María; Francisco Canseco, Vicepresidente de la República; Juan Mariano Cosío, vocal de la Ecxma. Corte Suprema de Justicia; Manuel B. Cisneros, vocal de la Corte Suprema; Antonio Gutiérrez de La Fuente, Gran Mariscal; José Rufino Echenique, general; Juan Antonio Pezet, general; Manuel I. Vivanco, general; Felipe Rivas, general; Manuel de la Guarda, general; José Allende, general; Baltasar Caravedo, general; Juan Buendía, general; Andrés Segura, general; Pedro Mariano García, director de la casa de moneda; Juan Antonio Torrico, coronel; José Longoria, coronel de artillería; coronel Juan Salaverry, senador de la república; José Panizo, coronel; José Dávila Condemarín, director general de correos; Joaquín Gonzáles, coronel; Juan Francisco Saiz coronel; José Sebastián de Goyenechea; Manuel Mendoza y Boza; Domingo Mendoza y Boza; Ignacio de Osma; Antonio Joaquín Ramos; Bernardo Roca Garzón, cónsul general de los Estados Pontificios; José Muro; José María de la Puente; Dr. Agustín García, abogado; José Rafael Izcue, jefe de la sección de hacienda; Pedro Salmón; Carlos Guimaraez; Elías Cortez; Juan de Dios Calderón; Antonio Cucalón; Juan Zuloaga, socio de beneficencia; José Joaquín Bohorques, José Amancio del Castillo, Manuel de Arrieta, Dr. Juan Bautista Ayllón y Osorio, José Dávalos, fiel de la casa de moneda; Bernardo Roca y Boloña, Luis Roca y Boloña, por impedimento físico de mi hermano Ignacio Roca y Boloña, Luis Roca y Boloña, José Bohorques, Norberto I. Goyena, Mariano Arredondo, Felipe Varela y Valle, regidor municipal; José María Varela y Valle, Pedro Ribera, José D. Fernández, Federico Villarán, José Márquez, J. Mariano Fernández, Agustín de la

Puente, Adolfo Chiriboga, José Patrón, Tadeo Terry, Agustín Escudero, José Moré y Soler.

Oportunamente, publicaremos los nombres de las personas, que sucesivamente, vayan firmando,

Aunque en la asamblea pública del domingo, se recibirán las firmas de todos los concurrentes, sin embargo, como muchas personas no podrán asistir y como será estrecho el tiempo para que suscriban, aun los mismos que asistan, anunciamos á todos los católicos que podrán firmar la precedente protesta en los lugares siguientes:

Administración de la imprenta de *La Sociedad*, calle de Núñez, número 38.

Colegio del señor Dr. D. Melchor T. García, calle de la Botica de San Pedro.

Librería del señor D. Benito Gil, calle de Bodegones, núm. 42.





Aniversario del natalicio del Papa

Hoy ha entrado Pío IX en el octogésimo año de su preciosa vida.

Su glorioso pontificado impondrá la admiración á las generaciones venideras; y la historia, viendo alzar-se en la mitad de nuestro siglo la grandiosa y apacible figura de Pío IX, que ha concentrado en su persona, por el soberano encanto de su grandeza, las miradas de dos mundos, la historia, decimos, se verá obligada á llamar á este siglo, tan grande por sus aspiraciones y tan pequeño por las miserias de sus grandes hombres, el siglo de Pío IX.

El día de hoy es un día de gozo para todos los católicos.

La fiesta de Pío IX es, en todo el orbe católico, una fiesta de familia.

Nuestra alegría, sin embargo, no puede ser completa.

Los últimos días de ese anciano venerable están acibarados por la ingratitud y la perfidia de una parte de sus hijos; los restos de su santa y preciosa vida, consagrada toda entera á la gloria de la Iglesia y al bien de la humanidad, se encuentran saturados de amargura y de dolor.

Ignoramos aun, porque es un secreto de la Divina Providencia, si Pío IX dormirá el sueño del justo en el

glorioso trono de sus antecesores; pero, si sabemos que jamás se apagarán los esplendores de un Pontificado, que ha puesto un brillante más en la corona resplandeciente de María, que ha celebrado el Concilio Ecuménico del Vaticano, verdadero milagro de nuestro siglo, y que ha asombrado al mundo con el espectáculo de una fortaleza indomable, en medio de las grandes debilidades de nuestra época.

De todos modos, séanos permitido, en este día, enviar á nuestro amadísimo Padre el testimonio de nuestra profunda veneración á su Sagrada Persona.



El Nacional y la Protesta de los católicos de Lima

EL odio de los enemigos de la Iglesia ha estallado de nuevo, tomando por pretexto la protesta de los Católicos de Lima contra la sacrílega invasión de Roma.

Los Redactores de *El Nacional* han puesto, hace tiempo, su pluma al servicio de la causa infame de la Revolución, que ha escrito en su bandera roja: Abajo el Pontificado.

Vanos serán sus esfuerzos.

El país ha saboreado largo tiempo los amargos frutos de la tenebrosa alianza del liberalismo y la impiedad; del liberalismo, que ofrece siempre al país una libertad que nunca le ha dado, y de la impiedad, que hiere los derechos de la Iglesia, cubriendo su malicia y su hipocresía con un falso celo por la independencia del Estado.

Liberales é impíos muéstranse en el editorial de ayer los Redactores de *El Nacional*.

Por supuesto, no faltan las mentiras, las injurias y las calumnias, con que el liberalismo sazona siempre sus más delicadas producciones.

El primer párrafo del editorial que combatimos contiene una torpe mentira que rechazamos enteramente.